

su objeto fué el de repartir tierras para poblar de ganado (3).

El capitán Arias fué sustituido por D. Diego de Cárdenas, caballero del Orden de Santiago, el cual tomó posesión de su destino en el mes de septiembre de 1621. Don Diego se hizo amar mucho en la Colonia por las buenas cualidades que le adornaban, entre las cuales sobresalían su desprendimiento y caridad. Se asegura que alivió muchas miserias, y que la noche que precedió al día en que debía salir de Mérida para volver á España, no bastándole el dinero que tenía en el bolsillo para socorrer á todos los pobres que habían invadido su casa, se quitó del cuello una cadena de oro que valía trescientos pesos, y con su daga la fué cortando en pedazos para distribuirla entre las manos que se le alargaban. La provincia gozó de paz y tranquilidad durante su administración, que duró cuatro años, y cuando ésta se terminó, consiguió del rey una encomienda en un corto viaje que hizo á la Metrópoli, y después volvió á Mérida, donde su numerosa descendencia conserva todavía un grato recuerdo de sus virtudes.

Acababa de entrar al gobierno D. Diego de Cárdenas, cuando se le presentó el franciscano Diego Delgado, enseñándole una licencia que tenía del superior de su Orden para predicar el Cristianismo en las regiones que quedan al mediodía de la Sierra, que aun no estaban sujetas á la Corona española. El gobernador le autorizó para dar principio desde luego á su misión, y le dió todos los auxilios que podía necesitar. El religioso se trasladó sin pérdida de tiempo á Hecelchakán, y habiéndosele reunido allí algunos indios cristianizados que quisieron acompañarle, se internó en aquellas montañas, donde no le había precedido otro europeo que el padre Juan de Santa María, de quien en otra parte hemos hablado. Este misionero había fundado allí un

(3) LARA, apuntes citados.

pueblo, al que dió el nombre de *Sacluum*, y Delgado lo repobló poco á poco con los indios que andaban esparcidos por los montes y que comenzaban á escuchar su doctrina. En poco tiempo la nueva población llegó á tener un buen número de habitantes, y el religioso, usando de una autorización que tenía del gobernador, le nombró cacique, alcaldes y regidores, á fin de que se gobernase por sí mismo, como los demás pueblos indios de la Península.

Cuando la noticia de este éxito hubo llegado á Mérida, se le consideró de buen augurio para empresas de mayor importancia, y varios colonos se propusieron acometerlas. El capitán Francisco Mirones pidió licencia al gobernador para conquistar con sus propios recursos el Petén, y aunque la corte no había autorizado aún aquella reducción por medio de las armas, D. Diego dió el permiso que se solicitaba, mediante una capitulación que debía ser sometida al examen del Consejo de Indias. El concesionario comenzó desde luego á hacer su preparativos, y con cincuenta hombres que desde luego pudo reunir, se trasladó á *Sacluum*, dejando en Mérida un apoderado, que debía reunirle más gente hasta el número que fuese necesario para acometer la empresa.

Francisco Mirones había sido juez de grana ó corregidor en la costa, y si el lector recuerda que estos empleados no eran mas que unos agentes de los gobernadores para la explotación de los repartimientos, ya se comprenderá que el capitán estaba avezado á los abusos inherentes á su antiguo empleo. Luego que se situó en *Sacluum*, comenzó sus tratos y granjerías acostumbradas, á pesar de la repugnancia de Fr. Diego, quien preveía que este comercio llegaría tarde ó temprano á exasperar á los indios. Comunicó sus temores al capitán, con la esperanza de hacerle variar de conducta; mas como éste no la reformaba y hacía más de un año que permanecía en *Sacluum*, porque no le llegaban los recursos que necesitaba, el misionero, previa licencia de

sus superiores, determinó abandonarle. Dirigióse con este objeto á Tepú, y aunque no había abierto ningún camino y las dificultades del tránsito parecían insuperables, los indios que le habían acompañado desde Hecelchakán, supieron allanárselas, y llegó sin ningún contratiempo al término de su viaje.

Luego que Mirones notó la falta del misionero, despachó doce hombres en su seguimiento, ordenándoles que le volvieran á *Sacluum*, y que si rehusaba obedecer, le acompañasen adondequiera que fuese. Los soldados siguieron las huellas del fugitivo, y lograron alcanzarle; pero no habiendo conseguido hacerle volver al campamento, le siguieron hasta Tepú. Desde allí el fraile pidió licencia á Canek para visitar su isla, y habiéndola conseguido sin ninguna dificultad, se trasladó al Petén con los doce españoles y unos ochenta indios de Tepú, que quisieron formar parte de la expedición. El cacique recibió á sus huéspedes con afabilidad; pero cuando éstos se hallaban ya reposando en su alojamiento, muy satisfechos de la acogida que se les había dispensado, un gran número de guerreros cayó sobre ellos, y antes de que pudieran defenderse, los ataron de pies y manos y los condujeron á un templo cercano. Era éste de figura piramidal, y en la cima se elevaba el altar de los sacrificios. Los doce españoles y algunos de los indios de su comitiva fueron colocados de uno en uno sobre este ara sangrienta y asesinados bárbaramente, arrancándoles del pecho el corazón, para ofrecerlo á los dioses. El misionero fué el último que subió el cerro fatal, y se dice que murió con valor, predicando hasta el último momento á sus asesinos la religión de Cristo. El último acto del sacrificio fué cortar la cabeza á las víctimas, y sembradas todas sobre unas estacas, fueron colocadas en el lugar más visible del templo.

Mientras se verificaban en el Petén estos sucesos, el capitán Mirones, cansado de no tener noticia de Fr. Diego y su escolta, despachó á un criado suyo, llamado Bernardino

Ek, para que adquiriese noticia de los viajeros. Le acompañaron dos soldados españoles, los cuales, habiendo sabido en Tepú que las personas á quienes buscaban habían ido á Itzá, se dirigieron también á la isla. Allí fueron aprehendidos al desembarcar y conducidos á un corral, defendido por una fuerte empalizada. Los presos intentaron fugarse durante la noche; pero sólo lo consiguió Bernardino Ek, el cual llegó al cabo de muchos días á Salamanca, donde dió cuenta al alcalde de todo lo que había pasado en los dominios de Canek.

Cuando la noticia de todos estos pormenores llegó á Sacluum al principiar el año 1624, ya Francisco Mirones se disponía á continuar su expedición, y sólo aguardaba que se le reuniese una fuerza que se hallaba en Maní, al mando del capitán Juan Bernardo Casanova. Pero entonces ocurrió un suceso terrible, ocasionado por un descuido. Un fraile, llamado Juan Enríquez, que había ido al campamento en sustitución de Fr. Diego, se propuso celebrar con solemnidad la fiesta del 2 de febrero, á cuyo efecto concurren á su iglesia Mirones y sus soldados, con excepción de uno solo, á quien dejaron de guardia en su campamento. Los indios, que todo lo observaban, cayeron súbitamente sobre este desgraciado, le asesinaron, sin darle tiempo para exhalar un grito, y apoderándose de todas las armas que encontraron, corrieron á la iglesia. Pusieron guardas en las puertas, y los españoles, que no pudieron huir ni aun defenderse, porque casi todos estaban desarmados, fueron aprehendidos y maniatados, incluso el fraile que celebraba la misa. Acaudillaba á los sublevados un sacerdote gentil llamado H-Kin Ppol, el cual sacó á Mirones una daga que llevaba pendiente del cinto, y con ella le abrió el pecho y le arrancó el corazón. La misma suerte corrieron después el P. Enríquez y todos los prisioneros, y sus cadáveres, clavados en unas estacas, fueron colocados en el camino por donde se sabía que debía entrar Casanova con el re-

fuerzo que traía de Maní. En seguida los amotinados dieron fuego á la población, que toda se componía de casas de paja, y huyeron á los bosques.

Esta hecatombe, de que se tuvo noticia al día siguiente por los que iban á auxiliar á Mirones, horrorizó, no solamente á los españoles, sino hasta á los mismos indios. Un cacique de las inmediaciones, llamado Fernando Camal, persiguió á los agresores con tanta constancia y sagacidad, que muchos de ellos cayeron en sus manos. Conducidos á Mérida, fueron castigados con la pena del talión, después de haberse confesado y comulgado, excepto el orgulloso H-Kin Ppol, que quiso morir en la religión de sus mayores.

CAPÍTULO III

1628-1636

Gobierno de D. Juan de Vargas.—Excesos que comete.—Destituye á los oficiales Reales.—Despacha la Real Audiencia de México al visitador Inigo de Argüello.—El gobernador se opone á su comisión.—Conflicto en la Colonia.—Interviene el obispo, excomulgando á Vargas.—El visitador le depone y le envía á México.—Su muerte.—Nómbrase gobernador interino á D. Fernando Zenteno Maldonado.—*Pie de palo* y Diego *el Mulato* se apoderan de Campeche.—Pormenores de esta expedición.—Administración de D. Jerónimo de Quero.—Vuelve Zenteno al gobierno, y le sustituye Andrés Pérez Franco.

Don Juan de Vargas, caballero del Orden de Santiago y descendiente de una antigua familia española, fué nombrado por el rey gobernador y capitán general de la Colonia, y comenzó á regentar ambos destinos el 15 de septiembre de 1628 (1). La administración de este caballero estuvo preñada de contrariedades y borrascas, debidas acaso á la prisa que se daba para enriquecerse y á su carácter altivo é intolerante. El Dr. Lara le acusa de haberse entregado á granjerías ilícitas, acusación que parece confirmada por los sucesos de que vamos á ocuparnos.

Recordará el lector que desde el siglo precedente varios gobernadores habían puesto corregidores españoles en los pueblos indios de cierta importancia, con el objeto de que

(1) Según el Dr. LARA, este suceso tuvo lugar el 15 de septiembre de 1625.—Es evidentemente una equivocación, acaso del copista ó del impresor.